

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 355

Barcelona, 22 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

**Franco**  
deshonra a  
diario la civi-

lización; pero nunca  
llega a tanto su vileza  
como cuando ordena  
ametrallar escuelas y  
hospitales y destruir  
las hermosas ciudades  
de su país.

## Cómo se destruye un pueblo

Eibar era el pueblo ejemplar de España: ejemplo de laboriosidad, de progreso y de paz. Pequeño, perdido en las montañas de Guipúzcoa, su producción era tanta y tan buena, que obligó a la poderosa industria yanqui a buscar protección aduanera contra las armas eibarresas. Naturalmente, en este pueblo fué donde primero se proclamó la República. Eibar tenía doce mil habitantes. Ahora tiene tres mil. Los doce mil trabajaban y vivían con holgura. De los tres mil actuales, mil setecientos están sin trabajo. Los nueve mil habitantes que faltan de Eibar, han sido fusilados, están presos, andan dispersos por las montañas, han pasado a la España leal o están refugiados en Francia.

El grupo refugiado en Francia, encabezado por Eugenio Gárate, un modesto eibarrés, que es, sin embargo, uno de los primeros fabricantes de armas cortas del mundo, se traslada a Dublín, invitado por el Gobierno irlandés, que le concede las mayores facilidades para que allí reanude su trabajo y con él su excelentísima producción. Los eibarreses fabricarán armas, bicicletas y máquinas de coser. De las SESENTA fábricas que había, no quedan más que sesenta montones de ESCOMBROS. Un pueblo aniquilado, unas fábricas destruidas, una población que emigra a trabajar en otras tierras... Así construye Franco la grandeza española.

(De «La Prensa», de Buenos Aires.)

## Las represalias de Franco

Derrotado en el frente, organiza el crimen de la retaguardia

Capitales y pueblos de la España leal están siendo víctimas, estos días, de encarnizados ataques aéreos. Es la cobarde represalia de los facciosos por el triunfo republicano de Teruel. Los vasallos del fascismo internacional son malos perdedores. Vencidos en los frentes de batalla, descargan su rabiosa impotencia sobre la población civil, sobre inermes seres, que no están en condiciones de defenderse. Franco no había podido asimilarse la ciencia militar de Ludendorff; pero, en cambio, ha aprendido de él las consignas de la guerra total contra la retaguardia. Para eso cuenta con asesinos alemanes e italianos, que ensayan aquí, con insensibilidad prusiana y crueldad florentina, los métodos de la guerra de exterminio. Aquella página del diario de guerra de Vittorio Mussolini, cuando se siente feliz viendo las ruinas o la muerte que causan sus bombas en las cabañas de los desarmados abisinios, puede repetirse por estos aviadores que, en un radiante mediodía mediterráneo, incendian y aplastan pacíficas viviendas donde momentos antes corría la vida como un río caudaloso.

Los diputados laboristas que visitan nuestro territorio habrán podido comprobar por sus propios ojos la verdad de la intervención extranjera en España. Ya no son referencias de Prensa ni informes de la propaganda oficiosa. No; es la exasperación fabricada con fines políticos. Ahora es el testimonio vivo de unos parlamentarios extranjeros que presencian el furor satánico de los invasores. Esa es, en pleno siglo XX, la guerra imperialista. Nadie podría creerlo, hace unos años, cuando el mundo parecía escarmentado de la gran tragedia que enlutó a Europa. Hay muchos que no lo creen todavía en Londres, y en París, sordos a las trepaciones de los obuses y las bombas de España. No se dan cuenta que éste es el anuncio de lo que sucederá cualquier día en cualquier capital civilizada, si las naciones que aman la paz y actúan con sentido humano, no se apresuran a cortar el camino a los agresores. ¿Qué dirían las buenas gentes de la City y de Picadilly, los tranquilos habitantes de la Plaza de la Concordia o del boulevard Montmartre si de pronto, en medio del rumor alegre de las calles, sonase la sirena que anuncia la muerte con un largo lamento, e inmediatamente se derrumbasen con estrépito apocalíptico los altos edificios que momentos antes eran colmenas de energía y de actividad? Pues ésa es la obra de las fuerzas de la guerra, desatadas como una maldición bajo el cielo inclemente del país invadido. Bombardeo sin objetivo militar alguno, hecho con designios criminales, vehículo del odio a la vida que sienten todos esos que la invocan desafortadamente en nombre de sus violentas pasiones.

Franco deshonra, a diario, la civilización; pero

**Los vasallos del fascismo internacional son malos perdedores. Vencidos en los frentes de batalla, descargan su rabiosa impotencia sobre la población civil, sobre inermes seres, que no están en condiciones de defenderse.**

nunca llega a tanto su vileza como cuando ordena ametrallar escuelas y hospitales y destruir las hermosas ciudades de su país. Será inútil, sin embargo, su obstinación. Si él pudiese contemplar los efectos de su obra, quizá comprendiese que jamás podrá triunfar sobre un régimen que, además de representar la ley y el derecho, se mantiene sereno y grave entre los horrores de la guerra. Vería que sus granadas y sus bombas siembran el dolor; pero que no desconciertan a este pueblo heroico, que hace la guerra como un deber terrible. La República entierra sus muertos, los llora en silencio. No se deprime, sin embargo. Las ciudades siguen trabajando como antes, después de un bombardeo. Hombres y mujeres, quizá con el ceño más adusto, vuelven a sus tareas, y las calles recorren inmediatamente el aspecto normal, como si la catástrofe hubiese ocurrido años atrás. Los parlamentarios laboristas habrán visto también la templanza firme y el tranquilo ademán de valencianos y barceloneses, después de las agresiones aéreas. Nadie se amilana demasiado; porque cada español de la España leal, al movilizarse para la guerra, ha hipotecado por ella su propia existencia y está dispuesto a entregarla a cambio de la victoria.

Franco ha dicho, parodiando ridículamente a Nerón o a Genghis Khan, que prefiere destruir España a que siga fiel al régimen republicano. El ceceante «hombre de paja» del fascismo internacional, no repara en medios para llevar a cabo su bestial proyecto. Pero el Ejército de la República ha comenzado ya a darle la respuesta. Quizá Franco se conforma con asesinar niños y mujeres de la retaguardia, porque no puede vencer a los soldados en el frente. También esta vez se estrellará contra la fortaleza del pueblo español, que a las violencias de la guerra total responde organizando mejor sus formidables energías.

J. DÍAZ FERNÁNDEZ

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

“LA MARCA DE CAIN”

## “Star”, el periódico moderado inglés, acusa a Franco, el hombre que se vale de extranjeros para devastar a su país

Y conmina a sus colegas para que manifiesten su protesta

El periódico londinense liberal moderado «Star» publica hoy un editorial titulado: «La marca de Cain», en el que se refiere a los bombardeos de ayer sobre Barcelona y Valencia.

«Ya no hay esperanza para Franco — dice —. No puede combatir; no puede gobernar; no puede controlar a sus aliados; no puede controlarse a sí mismo. De igual modo que tampoco puede seguir fingiendo lo que no es, lo que sus partidarios han dicho de él: «un noble y antiguo caballero español, que libraba la batalla de la civilización contra unas hordas de rojos».

Europa no puede hacer nada con un hombre que, en sus iras bárbaras y desesperadas, se venga de la derrota de Teruel asesinando a sus propios compatriotas, a sus mujeres y niños indefensos, con sus salvajes bombardeos aéreos.

La prensa de este país que hace un año se había dado a la tarea de describir a Franco como «un perfecto y noble caballero», guarda hoy un silencio vergonzoso. ¿Pero es que esto va a continuar así? ¿Es que no podemos sugerir a esa prensa que diga a Franco y a algunos de sus partidarios, altamente colocados en este país, que la sangre de sus compatriotas clama, y que sus manos están abominablemente manchadas? Franco tiene aquí sus partidarios, abiertos o escondidos, que hacen saber a este loco lo que la opinión inglesa piensa de él. ¿Pero existe, acaso, al margen de este grupo, que lo sostiene por esperanza política o de otra clase, un solo inglés que no aborrezca los actos de este hombre que se vale de extranjeros para devastar al país al que pretende amar? ¿Es que Inglaterra puede, acaso, dejar de decir lo que piensa acerca de este pusilánime español, cuyo balance deshonroso está desde ahora escrito con letras de sangre y vergüenza: Guernica, Barcelona, Valencia»

(«La Vanguardia». Barcelona, 21-1-38.)

## Notas del ministerio de Defensa Nacional

De madrugada, a las cinco y cincuenta, varios aviones facciosos dejaron caer sobre la ciudad de Figueras treinta bombas de distinta potencia, ocasionando desperfectos de alguna consideración. Por fortuna, sólo hay que lamentar un herido.

A las ocho y veinticinco entraron esta mañana sobre Tarragona, por la parte del mar, tres aviones «Junker», que, persiguiendo como objetivo el vapor inglés «Phorbenes», que estaba descargando carbón, arrojaron contra él varias bombas. Una de éstas, de gran potencia, acaso de quinientos kilos, cayó en el muelle, cerca del referido barco. Según informe del capitán del buque, hay que lamentar en la tripulación del mismo, toda ella inglesa, las siguientes bajas: cuatro muertos, siete heridos, de los cuales dos se encuentran en grave estado, y tres desaparecidos, que, probablemente, fueron lanzados al mar por la fuerza de la explosión.

Entre los obreros nacionales empleados en la descarga, se registraron dos muertos y un herido grave.

El «Phorbenes» sufrió averías de poca importancia, que podrán ser reparadas en Tarragona.

Valencia fué bombardeada esta mañana, a las nueve cuarenta y ocho, por seis bimotores, que arrojaron diez y ocho bombas. Las víctimas fueron tres muertos y diez y ocho heridos. Quedaron destruidos cuatro edificios.

El número de muertos ocasionados por el bombardeo efectuado sobre Barcelona el día 19, asciende a ciento treinta y ocho, siendo el de heridos, aproximadamente, doscientos.

## Los soldados moros se sublevan

Tánger, 19.—Por delito de rebelión contra la tiranía de sus oficiales, han sido condenados a muerte, por el Consejo de Guerra permanente, los indígenas, oriundos de la zona española, Mousa Ben Mohamed, Brahim Ben Mulud Maxi, Abdelkader Ben Buchaim, Mohamed Ben Abdelah, Abdeslem Ben Mohamed y Mohamed Ben El Hach. Todos ellos dijeron en sus declaraciones que habían ido engañados a la guerra de España.



# Justicias rencorosas contra Bilbao

La elección de Bilbao como escenario para las ejecuciones colectivas acordadas por las autoridades rebeldes, tiene un sentido político, digamos político. El depósito de las víctimas está en Santoña, en el Penal del Dueso; el muro donde acaban, en Bilbao. Es decir, de Santander, a cuya provincia corresponde Santoña, se transfieren los condenados a muerte, a efectos del cumplimiento de la sentencia, a Bilbao. ¿En razón de la naturaleza de los condenados? No. Sucede que una mayoría son vascos, pero no han faltado entre ellos los santanderinos y los asturianos. La naturaleza, pues, no es la determinante del acuerdo. La decisión está aconsejada por razones políticas, por necesidades políticomilitares. Explicación: que Bilbao, arrollada militarmente, no se ha rendido civilmente. Como ayer con armas, hoy sin ellas continúa su defensa. Sabe que tiene necesidad de salvar algo más valioso, históricamente cuando menos, que sus casas y sus calles, sus montes y sus árboles, su ría y sus industrias: su decoro. A sabiendas del desprestigio en que yace, utilizamos esa palabra, insuficiente para encarecer el espíritu de un pueblo en combate contra sus invasores; pero es ésta, y sólo ésta, la palabra que corresponde a la psicología del Bilbao colectivo, que si en el episodio deleznable de su vida habitual acostumbra a hacerse acompañar de la jactancia inocente, en la empresa duradera de sus días de prueba ajusta su acción a una naturalidad sobria, porque hace intervenir en ella, villa de comerciantes al fin, su decoro. Salvándolo está. Para que no persista en ese salvamento, se le hace testigo preferente de las ejecuciones dispuestas por el mando rebelde. Después de los trescientos veinte fusilados de diciembre, ha visto la ejecución de treinta y un condenados más. ¿Los últimos? En cualquier caso, la cuenta de esos treinta y un ajusticiados de enero deben hacerla la Cruz Roja Internacional y el Foreign Office, encargados de tramitar un canje que implicaba, tácitamente, un compromiso para Salamanca y Barcelona de no efectuar ejecución alguna. Suscrito el canje, el compromiso implícito se transforma en compromiso formal. ¿Seguridad de su cumplimiento? No será la Cruz Roja Internacional, ni menos el Foreign Office, quienes la proporcione. Salamanca tiene por mentores a Alemania y a Italia, y si la primera aleccionó al mundo en 1914, con el descubrimiento de la inanidad de todo compromiso, la segunda, en la misma fecha, asimiló rápidamente la lección desgajándose de la Tríptica Alianza, mediante el poderoso estímulo de un mejor cálculo de probabilidades. No se pretenderá, sujeta a la influencia de esa pedagogía cínica, que Salamanca se abstenga de una decisión que reputa conveniente a su interés por haber cruzado unas cartas, sin lacres protocolarios ni firmas diplomáticas, con una Oficina de la Cruz Roja Internacional. Mucho más sagrado compromiso adquiere el militar al jurar una bandera, y quienes autorizaron la expedición de esas cartas, sin lacres ni cintas, juraron a la República y la traicionaron. Dicen que en bien de España. Pero ahí están los campos mutilados, las ciudades en escombros y los censos de población disminuidos proclamando su mentira.

Seguridad de respeto al compromiso, ninguna. Bilbao volverá a amanecer con nuevos cadalsos a la primera contrariedad de que quieran curarse los rebeldes.

Esos treinta y un prisioneros ejecutados el 10 de enero, lo han sido en compensación y como homenaje a los manáquicos bilbaínos y donostiarros que perecieron en las operaciones de Teruel: Arteche, Olavarría, Castellanos, Allende Maiz, Zubiría, Zabala, Sigüenza... Cristianamente se les han dicho unas misas y se les han dedicado treinta y un fusilamientos. El nuevo rito funerario está, conforme a la ley divina, empapado de caridad y de misericordia. Es todo un hallazgo, discurre para ejemplarizar a Bilbao y mostrarle los riesgos de mantenerse esquivo a las solicitudes del generalísimo y sus secuaces, que son, en Bilbao, hombres, grandes sólo por sus taras morales y por su capacidad de abyección. Fortuna que su nómina es reducida, como es reducida la de los verdugos y delatores. La forzosa convivencia con ellos cura a Bilbao de toda posible veleidad complaciente con Salamanca. Aun cuando la salvación de su decoro civil no estuviese en juego, la aproximación no podría producirse a la vista de quienes se ha concretado físicamente lo que se ha dado en llamar el nuevo Estado: en el desventurado saldo humano que no consiguió hacer circular, ni con el estímulo de su desembarazo, el general Primo de Rivera. Fueron una anécdota chirene y serán un epílogo lamentable; que todo rescatará Bilbao, menos su jocunda alegría de los días pacíficos, después del luto colectivo que le han hecho los que la han ofrecido como polígono siniestro para las ejecuciones colectivas de los combatientes de la República. Ha perdido — por muchos años — su capacidad para la alegría; pero ha decantado su fortaleza para preservar el decoro. Así se nos ofrece invadida, pero no rendida. Mantiene, a despecho de todas las pruebas, su independencia. La autoridad necesita ir a manos de quienes, por carecer de ella, están inválidos para ejercerla y representarla. Condensaciones biográficas de quienes la ejercen proporcionan ocasión de risa a cuantos las conocen. El peligro de sanciones excesivas no es suficiente a reprimir las ironías. La hostilidad hacia la colonia alemana que ha tomado posesión de la villa, se modifica en desdén y menosprecio para cuantos han facilitado la que quiere ser colonización y queda en intromisión recusada. Todo le es áspero y rebelde al intruso y a su favorecedor. Una aspereza de modos y una rebeldía de conciencias. En esto la villa está unánime, tan unánime como en la tristeza. Si éste es su semblante moral, su actividad íntima, la que se manifiesta en las conversaciones del hogar y se ejecuta en los círculos de cerrada y segura confianza, favorece y socorre todas las empresas de libertad. Podría decirse, sin hipérbole ni metáfora, que la villa ha puesto sitio a cuantos imaginaron que tomarla por las armas era rendirla. Su decepción la condensó en palabras el generalísimo: «Tu desdén no justifica nuestro esfuerzo». Buen mote para el escudo de mañana. Para vencer de aquél, reduciéndolo por el terror, se discurre el que Bilbao fuese escenario de las justicias rencorosas. Bilbao es, en

la desestimativa rebelde, equiparable a Zaragoza. La crueldad contra la ciudad aragonesa es más vieja, aun cuando ya no pueda decirse que más elevada. Bilbao conoce el terror sistemático, cuando Zaragoza, que no ha perdido su capacidad de reacción, se ha familiarizado con los espectáculos más violentos y macabros. A una y a otra se les cobra en sangre su resistencia civil. Resistencia de la que no abdicar y que alcanza a veces, en la esfera de lo individual, manifestaciones de un heroísmo altísimo. Resistencias que se pagan con cuotas de sufrimiento, tanto más brutalmente discernido, cuanto que no se ha discurrido el modo de sancionar la hostilidad incoercible de todo un pueblo que impregna de aspereza y dureza el suelo y el cielo, el aire y la luz. A la semana de la entrada en Bilbao, pasado que fué el primer sofoco de la desgracia en la villa, ya caían mustias y bisuntas las ban-

## La vida en la Italia de Mussolini se lanza de las casas a las familias de los "voluntarios" que luchan en España y África, porque no pueden pagar los alquileres

París. — Noticias de Italia dicen que las autoridades fascistas van a poner en vigor un procedimiento de lanzamiento forzoso y rápido para los inquilinos que no paguen el alquiler de los cuartos.

Este procedimiento se ha creado en vista del grandísimo número de familias que se encuentran al descubierto. Según una estadística, solamente en Roma pasan del cuarenta por ciento los inquilinos que sufrirán las consecuencias de la medida. Se trata, especialmente, de inquilinos de cuartos pequeños y de familias cuyos sostenedores están prestando servicios militares en España y África, enviados en concepto de «voluntarios».

La información hecha sobre la aguda crisis de la vivienda en otras poblaciones, dió resultados aún más lúgubres.

En Nápoles, Livorno y Bolonia, el cincuenta y dos, cuarenta y ocho y cuarenta y siete por ciento, respectivamente, de los inquilinos de cuartos modestos, no pueden pagar el alquiler.

deras de los que se creían vencedores. Y es que Bilbao, preparado para hacer cara a sus desgracias, no admitió nunca ser educado para la domesticidad, y da

en preferir las descargas de los piquetes a los infortunios de la colonización.

Fermín MENDIETA («La Vanguardia». 20-1-38.)

## FALANGE, CONTRA FRANCO

# Los sindicatos escolares universitarios de Falange dicen: "Espada en mano, saltaremos sobre el moderno enemigo blanco, mil veces peor que el rojo"

Franco, ese personaje ambiguo de nuestra gran tragedia, tiene como tara congénita la mediocridad. Ni siquiera es un traidor en grande, con propia iniciativa e impulso poderoso, que arrastre a los elementos que circunstancialmente acaudilla.

Hitler y Mussolini le sostienen en su puesto por lo que tiene de manejable, que es precisamente por lo que le detestan los elementos más caracterizados de la reacción española.

Son ya perfectamente conocidas las divisiones que existen en el campo rebelde. Falangistas y requetés se odian con un encono cada vez mayor. Y unos y otros, con rara unanimidad, odian a Franco.

Los falangistas no perdonan al ridículo *führer* de Burgos la persecución de que hizo objeto a Hedilla y a otros *conspicuos* de su organización. Comienzan a darse cuenta de lo poco española que es la triste aventura del viejo militarismo.

A los documentos de que recientemente hemos hecho mención, puede añadirse la hoja titulada «¡Enteraos!» que ha circulado profusamente por la zona rebelde, muy especialmente por Andalucía. He aquí su texto literal:

«Cuando el S. E. U. (Sindicato Estudiantes Universitarios) ve algo, calla y apunta. Cuando al S. E. U. le llegue la hora, actuará.

Somos los jóvenes rebeldes de siempre; cuando saltemos, será para cortar de un solo tajo las lenguas asquerosas de los habladores de siempre.

Terminaremos rápidamente con todos nuestros enemigos, que son los enemigos de España.

No pongáis gestos de extrañeza cuando se os hable del S. E. U., pues, asqueados de los habladores de siempre, los que fuimos los primeros en la calle para la muerte, lo seguimos siendo en la vanguardia.

Que somos el Sindicato de la Falange, que tiene en los frentes el noventa y nueve por ciento de sus afiliados, y que ese uno por ciento que queda en la retaguardia hace una labor meritísima, que se refleja en las páginas de «Falange Universitaria»

y en cuantas ocasiones se presentan, lo demuestra de una manera palpable.

Y por lo mismo que somos revolucionarios verdad y que somos los primeros en todo lo que represente abnegación y sacrificio, también seremos los que, cuando menos se dé cuenta el moderno enemigo blanco, mil veces peor que el rojo, saltaremos con el ímpetu que nos caracteriza, espada en mano, y daremos fin a tanta canalla que cree que nuestros Caídos van a servir para escalar, por encima de sus cadáveres sacrosantos, los cómodos puestos que están dejando los mejores para acudir a la guerra. ¡No haceros ilusiones! Y fijos bien que nadie podrá cortar las aspiraciones que un día José Antonio quiso que fueran realidades; que somos muchos más que antes: mejores y rebeldes. Los mismos que en aquel tiempo triunfamos, seremos

los que volvamos a nuestros métodos contundentes a que van a dar lugar los charlatanes y políticos. —

ESTUDIO Y ACCION.»

La hoja ha sido tirada en la imprenta Cañamero, de La Línea, y va firmada por el Gabinete de Prensa y Propaganda del S. E. U.

Así, en el momento actual, el único lazo de unión que existe entre Franco, los falangistas y los requetés es la vileza de sus instintos sanguinarios. Son la clásica pandilla de salteadores, que riñen cuando se reparten el botín. No está lejano el día en que el motivo de su discordia se acentúe, gracias a las nuevas derrotas que les infliga el Ejército popular. Que también los logreros y los traidores de todas clases, riñen entre sí y se desconocen en el momento en que la justicia va a apoderarse de ellos.

## La futura Alemania femenina, según Schirach

Berlín, 20.—El jefe de la juventud hitleriana, Baldur von Schirach, ha decretado la nueva reorganización de la educación de las muchachas en Alemania. De los 17 a los 21 años de edad, se agruparán en una organización que se denominará «Fe y hermosura». Se reorganizarán las formaciones deportivas de estas muchachas, que, según el jefe, deben de ser más hermosas y más elegantes. Para empezar, se ha diseñado ya un uniforme más vistoso.

La señorita Jutta Rugider, jefe de la juventud femenina, ha dado una conferencia por radio a propósito de la educación de la muchacha alemana, y ha dicho que a los doce años, toda niña alemana debe saber servirse de la brújula. A los diecisiete años poseerá una instrucción completa de defensa antiaérea. De los dieciocho a veintidós años, serán reunidas en servicios especiales de defensa antiaérea y transportes, y trabajarán en los talleres. Además, se constituirán grupos especiales «para el servicio en el extranjero».

Dice el jefe femenino que así se formarán «las madres alemanas con una fe absoluta en el *führer* y en Alemania y serán capaces de transmitir a sus hijos esta fe.»

## Teniente coronel fascista muerto en España

Roma, 19.—Todos los diarios han blan de la muerte—«al servicio de la causa, en el cielo de España»—del teniente coronel Alfonso Franciosa. Agregan que mandaba, desde hacía ocho meses, el grupo de la aviación «legionaria».

También dicen que ha sido concedida la medalla militar de oro a un teniente aviador muerto igualmente en España.

## ESTE DIARIO SE REPARTE GRATUITAMENTE



# El hombre que había creído en Franco

## UN LIBRO FORMIDABLE

El Sr. González Ruiz es un abogado alicantino del que hizo Portela Valladares, cuando fué Presidente del Consejo, un gobernador de Murcia. La rebelión militaroides le sorprendió en su ciudad natal. Hombre enemigo de sobresaltos, embarcóse para Gibraltar y allí esperó el curso de los acontecimientos, pues era de los que creían que antes del otoño se habría liquidado, de una u otra forma, la aventura iniciada por Sanjurjo, Franco, Goded y consortes.

Pero en Gibraltar encontró a un demonio tentador en la persona turbia de cierto Goizueta, delegado de la Junta de Burgos. Y Goizueta le dijo que debía irse a Sevilla, pues pasados los primeros momentos de efervescencia y persecución, las gentes pacíficas, fueran los que fueran sus antecedentes, podían vivir en paz y no corrían, por motivos políticos, peligro alguno.

Y González Ruiz, que sin duda tenía una mentalidad fascistoide, se dejó convencer. Había sido, efectivamente, gobernador republicano. Mas estaba dispuesto a todas las necesarias rectificaciones. Sería franquista pasivo, si le dejaban serlo. No le parecía decente pasar a actividades gubernamentales tan aína. Pero principio quieren las cosas...

Provisto de unos papeles que, según Goizueta, le librarían de toda sospecha, dirigióse a España. Apenas llegó a La Línea, le prendieron y le mandaron a Sevilla como delincuente vulgar. Y una vez en Sevilla, le metieron en la cárcel. Varias veces le pusieron en libertad y otras tantas volverían a encarcelarlo. Por fin, aprovechó la última de sus exoneraciones para huir a Lisboa. Y en Lisboa embarcó para Francia. Y ya en París, ha recogido en un libro, corto, pero interesantísimo, escrito sin alíneas literarias, un conjunto de impresiones y recuerdos, lo que viera y oyera durante su estancia en Sevilla. Ese libro se titula: «Yo he creído en Franco.» Tengo a la vista la edición francesa.

Lo primero que llama la atención, cuando se lee la obra del Sr. González Ruiz, es su parecido con el ya famoso «Doy fe...». El abogado alicantino y el Secretario del Juzgado de Instrucción de Burgos, coinciden no sólo en el panorama general de la España facciosa que describen, sino en los mismos detalles. El uno y el otro pertenecían a esa clase media apolítica, indiferente, amiga del orden y de los llamados poderes fuertes, admiradora de las clases plutocráticas y aristocráticas, que tiene gran parte de la culpa del presente drama español. Indudablemente, ambos — y no lo niegan — simpatizaban con el fascismo militarista. Opinaban que la República no es un régimen viable en nuestro país. Y esperaban de la camarilla burgalesa-salmantina y de los cuartos de banderas, la constitución de un Gobierno sólido.

Su decepción ha sido enorme cuando han podido ver que en la España de Franco, mediatizada por el extranjero, entrada a saco por mercenarios de diversas razas y colores distintos, sólo imperaba el desorden, la arbitrariedad, la inmundicia, el robo, la violencia y el crimen. Estaban dispuestos a perdonar, dentro de sus conciencias algo elásticas, los asesinatos en masa, las destrucciones, los incendios, las violaciones, considerando como resultado inevitable de toda honda conmoción social. Pero bien pronto vieron obligados

a convenir en que no se trataba de esporádicos horrores, consecuencia de la lucha, sino de una sistemática política de exterminio, organizada fría y metódicamente «para limpiar la retaguardia», según la fórmula consagrada por las órdenes del día de los generales, los bandos de los jefes de policía, y los asesinatos espontáneos que surgieron allí donde triunfó la rebelión, y que se brindaron a oficiar de verdugos de los «rojos».

No se ha recordado lo suficiente en nuestro país y fuera de él aquella declaración que Franco hiciera, al comienzo de la militarada, a un corresponsal del «Daily Chronicle», de Londres: «Estoy decidido — dijo — a destruir media España, para asegurar mi triunfo en la otra mitad.»

Ya ha destruido Franco, efectivamente, la mitad de la nación, causando de camino la muerte violenta de muchos centenares de miles de españoles. Mas no por ello ha logrado la victoria. La victoria se le escapó en julio, en noviembre, en marzo y en mayo, y se le ha vuelto a escapar en Teruel ahora. Y esta vez para siempre...

\*\*\*

Horroriza leer muchas de las páginas del libro del Sr. González Ruiz. Voy, sin embargo, a referirme brevemente a algunas de ellas.

Por ejemplo: Alude a una conversación que tuvo con un oficial del Tercio, luego muerto en Vizcaya. Dicho oficial no admiraba a Franco. Y no lo admiraba, por considerarlo blando y compasivo. En cambio, ponía a Yagüe sobre su corazón pétreo y su cabeza de sesos algodonosos. Oído:

—¿Franco? Lo encuentro flojo... En cambio, Yagüe... ¡ése sí que es un hombre! Entra en un pueblo y lo limpia en un abrir y cerrar de ojos.

Sí. Ya lo sabemos. Yagüe es el de los ametrallamientos en las plazas de toros de Almodrilejo y Badajoz, el de los asesinatos atroces de Talavera, el que dijo a un corresponsal francés, allá por septiembre de 1936: «Nos conviene avanzar despacio sobre Madrid, porque así vamos dejando el terreno limpio de maya hierba...»

Otro detalle: Conversa el Sr. González Ruiz con un jefe que ha formado parte de uno de los Consejos de guerra permanentes que funcionan en Málaga. Y oye de sus labios la siguiente reflexión: «En Málaga dictamos doce mil sentencias. De ellas, sólo nueve mil fueron de muerte. ¿No le parece que no exageramos, que la proporción es normal?»

Aquel jefe hablaba en serio. No se burlaba. Pensaba lo que decía. Doce mil sentencias, de ellas nueve mil de muerte y las demás de presidio, le parecían una prueba de benignidad y moderación. Así ha llegado a razonarse en la España oficialmente rebelde. Ese es el valor que tiene en ella la vida humana.

Pero veamos. Cuando se aproximaron los italianos y los moros a Málaga, huyeron de la ciudad más de sesenta mil personas. Málaga era la quinta capital de España. Su vecindario ascendía, en tiempos normales, a ciento cincuenta mil almas. Es de suponer que durante los primeros meses de la guerra disminuiría, en vez de aumentar. Y es de suponer, asimismo, que entre los que huyeron figurasen cuantos, por haber ejercido cargos políticos o sindicales o haberse distinguido en alguna forma como antifascistas activos, temían ser víctimas de represalias. Sólo quedaron en Málaga, pues, mujeres, niños, ancianos caducos, y con ellos, gen-

tes que simpatizaban con los facciosos o que no se habían señalado por sus actividades revolucionarias. Sin embargo, los Consejos de guerra encontraron doce mil culpables. Y fusilaron a nueve mil. Y a los demás los mandaron a presidio.

Y conste que la estadística del jefe aludido peca de incompletísima.

Porque en Málaga, antes de que funcionaran los Consejos de guerra, se cometieron miles de asesinatos. Los moros, los terciarios, los requetés, los falangistas, los italianos, recorrieron los distritos populares, saqueando, matando, incendiando y violando. Durante una semana espantosa, cuyo recuerdo será perdurable en Málaga, no hubo hogar seguro ni familia respetada. Todavía hay calles enteras, en la infeliz ciudad, donde la mayoría de las casas están vacías. Y no hace mucho que la Prensa malagueña publicaba un anuncio del delegado municipal de Obras públicas, Carlos Rein, pidiendo barrenderos y empedradores, pues el Ayuntamiento no encontraba obreros para los servicios de limpieza y de pavimentación. El proletariado malacitano ya no existe. Exilóse, lo mataron o gime en prisiones. Y gran porción de la clase media sufrió igual suerte.

Donde pisaba el caballo de Atila, no volvía a nacer la hierba. La sabida cita puede aplicarse a los fascistoide hispanos. Por donde pasan, se hace el desierto. Un desierto sembrado de esqueletos y de calcinados escombros.

Describe sobriamente el Sr. González Ruiz las matanzas realizadas por Queipo en la provincia de Sevilla. Y da cifras aterradoras. Pero hay en ellas un dato que escalofría. Este: «Lora del Río — dice — daba, en cada quinta, de 120 a 150 soldados. En el último llamamiento sólo pudo dar diez o doce.»

En Lora del Río, las columnas de moros mandadas desde Sevilla, se portaron con una crueldad terrorífica. Luego, comenzó la represión que llamaremos normal. Y la consecuencia ha sido que en la bella población apenas si queda nada. Y lo mismo sucede en Carmona, Ecija, Constantina, Morón, Castilleja y otras poblaciones de la provincia. Lo corriente es que a un vecindario de diez a doce mil almas, corresponda una cifra de tres mil ejecuciones.

\*\*\*

Hay un capítulo verdaderamente espantoso en el libro del Sr. González Ruiz: el referente a las ejecuciones de madrugada. El director de la cárcel llegaba al amanecer, con unas mujeres de vida airada, ebrio, blasfemador, de su acostumbrada orgía nocturna por colmados, lenocinios y garitos. Harto de vino, quería reemplazarlo por sangre y se dirigía vacilante a su despacho. Sobre la mesa y en los estantes, se amontonaban, en el orden caprichoso del azar, los expedientes de los presos. Sin hojearlos siquiera, hacía con ellos un montón y escribía en la cubierta de cada uno el signo fatídico: «X, 2.»

Cuando se cansaba de escribir, dejaba el resto para otra noche y llamaba a un ordenanza. Este recogía los expedientes. Con rapidez macabra se hacía la lista de los condenados. Y apenas clareaba la aurora de un risueño día sevillano, y el sol comenzaba a dorar las aguas del padre Guadalquivir y a herir con sus flechas luminosas la Torre del Oro, se abrían las puertas de los calabozos y unas voces opacas llamaban por sus nombres a los que iban a morir. Y éstos salían, ya gemebundos, bien al-

tivos, y eran arrojados a camionetas rodeadas de falangistas. Y momentos después, detrás de unos tapiales, sonaban unas descargas...

¿Nombres de asesinos? Don Luis de Ulloa, un capitoste de Falange, muy católico, muy piadoso, que siente la voluptuosidad del exterminio. No sólo dirigía los fusilamientos. Insultaba a las víctimas con lenguaje tabernario. Cuando vociferaba injurias, parecía que iba a darle un ataque de epilepsia. Le salían los ojos de las órbitas y espuma de los sangrientos labios.

Otro nombre de asesino: Pablito. Hijo del administrador de un marqués. «Llevo fusilados a ochocientos rojos», le confesó a González Ruiz. Otro: El Soldadito. Un jovencuelo, de rostro delicado, de voz meliflua, que antes de la rebelión, en el cuartel, siendo soldado, se ofrecía cuando se hablaba de que iba a haber fusilamientos. Su gran placer es matar. Matar y contemplar la agonía de los moribundos. Y sonríe. Y no se descompone jamás. Y no dice palabrotas.

## Andalucía bajo el fascismo

En La Línea fué descubierta una conspiración para evadirse una compañía completa. — Martínez Anido impone otra vez el terror. — La guardia civil caza a tiros a los nuevos reclutas

### ESTRECHA VIGILANCIA EN LA FRONTERA

Gibraltar. — Todas las noticias procedentes de la zona facciosa coinciden en afirmar que el rigor de las persecuciones, atenuado por los rebeldes en los últimos tiempos, ha vuelto a desencadenarse con singular brío desde que la siniestra figura de Martínez Anido fué llevada a dirigir los asuntos policíacos de los rebeldes.

En los pueblos inmediatos a Gibraltar ha sido aumentada la plantilla de policía, creándose una delegación especial de frontera, encargada de observar el desenvolvimiento de los refugiados en esta plaza y de conocer las relaciones que guardan con estos expatriados cuantas personas llegan del interior con autorización para entrar y salir del territorio español.

Muchas de estas personas han sido sancionadas al regresar a sus domicilios, acusadas de hablar con los «rojos» refugiados, siquiera sean éstos de su familia, y a otras se les ha retirado el permiso para cruzar la frontera, lo que supone condenarlas a sufrir hambre.

### CONTINUAN LAS EVASIONES

Pese a todas las medidas de rigurosa vigilancia, continúan las evasiones. En estos días han llegado a Gibraltar un cabo y cuatro soldados de infantería, de guarnición en Algeciras, y un carabinero, procedente de La Línea.

Los soldados han asegurado que en el cuartel de infantería de La Línea, fué descubierta una organización para evadirse una compañía entera, y para prevenir nuevos intentos de evasión, toda la guarnición fué trasladada a San Roque. En previsión también, se ha montado un servicio de patrullas de caballería en la misma línea fronteriza, y se ha prohibido la pesca en el litoral de costa, próximo a Gibraltar.

### NUEVO PROCEDIMIENTO DE RECLUTAR SOLDADOS

Para eludir el ingreso en filas, se recurre a todos los procedimientos, y los rebeldes, para evitarlo, han

Víctor Hugo diría de él que es un petimetre del sepulcro.

Así es el libro del Sr. González Ruiz. Los franceses han podido leerlo, porque apareció en París. Cuando acabé sus páginas, sentí una inmensa congoja. Tenía allí, delante de mis ojos horrorizados, un testimonio irrecusable de la realidad increíble de la España facciosa. ¿Cómo no creerlo? Y recordaba el 93 francés y el terror blanco del *Midi*, que le siguiera, y las mortandades vandeanas y las barbaries fernandinas, y las luchas entre liberales y carlistas, y las mismas atroces guerras de religión, y las draconianas, y remontándome a la Historia antigua y medioeval, las persecuciones de los cristianos y las invasiones de los hunos y los mogoles. Y no encontraba nada semejante.

¿Qué han hecho de mi pobre patria? ¿Cómo secar tanta sangre derramada? ¿Cómo limpiar su suelo, profanado y martirizado, de tanta ruina?

FABIÁN VIDAL  
(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

adoptado el sistema de efectuar la recluta de los jóvenes comprendidos en la edad militar, utilizando la Guardia civil, que, durante la noche, saca de sus casas a los muchachos y, amarrados, como delinquentes, los conduce al cuartel.

En más de una ocasión, los guardias que efectúan este servicio, sostienen tiroteos con los jóvenes decididos a no prestar el servicio militar con los facciosos. El último incidente se registró en la barriada de la Colonia, logrando escapar bastantes muchachos.

Esta forma de reclutamiento explica la depresión moral que llevan al frente los soldados del Ejército rebelde, que después se ve aumentada con un trato cruel.

### El nuevo procedimiento terrorista de los facciosos

París, 20. — La repetición de las hazañas de la piratería en el Mediterráneo y de los asesinatos del aire, y además la nueva campaña de informaciones tendenciosas, relativa a las operaciones en Teruel, iniciada por la Prensa filofascista internacional, demuestran que los derrotados de Teruel quieren empezar un nuevo ataque terrorista, para impresionar a la opinión pública y reaccionar contra el profundo y evidente cambio que se ha verificado en el mundo. No hay ninguna duda acerca de la nacionalidad de los aviones. Hace días, el «Corriere della Sera» publicaba una correspondencia de su enviado en el frente faccioso, en la que elogiaba la actividad de la «aviación legionaria», que «colaboraba indirectamente» con los facciosos del frente de Teruel, bombardeando las ciudades de la costa de Levante.

**SE AUTORIZA**  
la reproducción de  
cuanto se publica  
en este DIARIO.



# La nueva Internacional

Por MANUEL HUMBERT

A la Internacional Socialista no le fué posible evitar en 1914 la guerra mundial. ¿Podrá la Internacional fascista dar una nueva dirección a la próxima guerra en el año X? ¿Lograrán romper frentes y destrozará alianzas con sus simpatías ideológicas? El descubrimiento de los *affaires* de los *cagoullards* y, al mismo tiempo, la investigación relativa al asesinato de los hermanos Rosselli, abre nuevas perspectivas, que, hasta ahora, era imposible imaginar y que este período de ataque fascista permite convertir en realidad.

Siempre ha habido *complots* contra las «formas de Gobierno». También se han registrado en todas las épocas atentados. Se ha practicado una reconstitución del crimen de que fueron víctimas los Rosselli, luchadores italianos por la causa de la libertad. No se trata, como al principio se pensó, de italianos enviados por el régimen fascista. Tampoco se trata de pistoleros alquilados en los barrios bajos de París. Es mucho

más probable que los asesinos procedan de un círculo cuyos miembros pertenezcan a la elevada burguesía. Es más fácil suponer que fueran unos *gentlemen* traidores los que eligieran a las víctimas, en las cuales no podían estar interesados, y cuyos nombres les eran probablemente desconocidos en el momento que pusieron mano al revólver y pocos segundos después cayeron dos hombres sin vida. Obraron como fascistas franceses al servicio de una Internacional fascista. No les preocupaba cuál fuese la nacionalidad de los que tenían que suprimir. Eran instrumentos ciegos en manos de sus instigadores. Fué esa Internacional la que en Bagnolles-de-l'Orne asesinó alevosamente a los dos hombres, uno de los cuales acababa de defender la causa de la libertad en España.

El ambiente de que proceden esos jóvenes criminales, muchos de ellos de 20 años, recuerda al que hizo posible el asesinato de Rathenau. Muchachos simpáti-

cos, bien acomodados, pero agitados en el fondo por la lucha por la vida. Señoritos que se convierten en asesinos. En ellos es común el fanatismo, por el cual se dejan llevar a la traición.

Mientras que inteligentes nacionalistas se previenen en Francia para no dejarse engañar por Hitler y Mussolini y se esfuerzan por demostrar a sus compatriotas que lo que buscan esos dictadores es realizar sus planes imperialistas y derrotar a sus antiguos enemigos, los falsos patriotas franceses, que favorecen los designios de los Estados totalitarios, como lo demuestran los *affaires* de la C. S. A. R., se adhieren a la Internacional del fascismo. El asesinato de los hermanos Rosselli es uno de los muchos actos sangrientos cometidos tanto por el nacionalsocialismo como por el fascismo.

El significado que hoy tiene la Internacional fascista se ha puesto en claro en la rebelión de Franco en España. El apoyo que el

**El "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente**

general rebelde encontró, tanto en los conservadores ingleses como en los círculos derechistas franceses, está en pugna con los intereses estratégicos y políticos de ambos países. A causa de que Franco gobierna una parte del territorio español a las órdenes de sus aliados, la Alemania nacionalsocialista y la Italia fascista, se ha transformado la política del Mediterráneo y la situación militar de Francia con respecto a la protección de sus fronteras. En los círculos irresponsables se acata la unión internacional, que, por deseo de los países fascistas,

debe tomar un carácter antinacional.

Los propios partidarios de Franco reprochan a éste el haber traicionado a su patria, unido las potencias intervencionistas extranjeras, para satisfacer afán de gobernar. Los conspiradores de la C. S. A. R., llevados también por la ambición, forman parte de la misma alianza.

Los asesinos de los hermanos Rosselli pertenecen también a la Internacional fascista.

(«Pariser Tageszeitung», 14 1938.)

## Los católicos y el Estado Español

Por ENRIQUE MORENO

(Continuación)

Pocos meses después del advenimiento de la República, vimos con sorpresa todos los españoles cómo la Acción Católica engendraba un nuevo partido, llamado Acción Popular, que dirigía Gil Robles. De este modo, la Acción Católica perdió su carácter puramente religioso; una atmósfera política envolvió sus actividades culturales, y los católicos que no compartían las ideas de Gil Robles, o que no eran católicos de derechas, se vieron obligados a ponerse al margen de aquella actividad. Estos católicos, muy pocos, por cierto, pero procedentes de las clases más cultas, vieron con pena cómo la religión se identificaba con un partido, pues recordaban los perjuicios que antes recibieron de su alianza con el carlismo.

Añádase a esto el que Gil Robles no hiciera pública su opinión respecto a la forma de Gobierno. Al respetar la República, señaló la diferencia entre aceptación y respeto, y es evidente que los símbolos de la República no figuraron jamás en los locales del partido ni en las asambleas que éste celebraba, con la única excepción de un mitin en Valencia. Aunque en ciertas ocasiones proclamaba su respeto a la legalidad, en otras — como en el famoso discurso del 15 de octubre de 1933 — declaró que para él la democracia era sólo un instrumento del que se servía para conseguir el Poder. En el fondo, su ambición era la dictadura; pero, como católico, soñaba en llegar a ella por voluntad de la mayoría, convirtiéndose así en vicario de la multitud. Esto debía alarmar, por fuerza, a todos los creyentes españoles que, habiendo estudiado el problema, consideraban que una dictadura estilo Austria era la mayor catástrofe que podía sobrevenir a su religión.

Estos temores aumentaron al hacerse patente la clase social que dominaba en el partido. El mayor error de Gil Robles consistió en permitir que Acción Popular se convirtiera en el partido de las clases pudientes, opuestas a las aspiraciones del proletariado. Era inevitable que el clero, al introducirse en política, necesitase ciertas alianzas y las buscara entre aquellos sectores de la comunidad con los que había estado más íntimamente unido. Sobre todo, desde que la Iglesia intentó ayudar a los patronos, creando sindicatos productores, fuertemente arraigados en el Norte, que sirvieron para impedir que los pequeños propietarios se apartaran de la religión. En realidad, hubiera sido hábil conseguir el apoyo de esta clase para llevar a cabo las reformas, basadas en las Encíclicas Papales, que Gil Robles hizo suyas, y en las que iba incluido el postulado del aumento de pequeños propietarios, por el que coincidía también con los liberales.

Pero como los sindicatos productores, eje de la influencia eclesiástica, estaban bajo el control de la cla-

se adinerada, resultó que los «latifundistas», enemigos de la parcelación, dominaban en el partido. Ellos son responsables del fracaso de los planes del economista católico Jiménez Fernández; ellos fueron quienes, aprovechándose de la victoria del 33, impusieron nuevamente al campesino el jornal de dos pesetas, que la República había desterrado; ellos, también, los que, cuidando los intereses agrícolas, se opusieron a la autonomía de las regiones industriales, y los que, finalmente, ante la derrota de las últimas elecciones, abandonaron su careta de demócratas, revolviéndose en armas contra el pueblo.

Lo peor es que nuestro clero no quiso enterarse de todo esto. Conforme, porque recibían algo de dinero y porque suponían que las leyes de Instrucción Pública no entrarían en vigor, y, sobre todo, con la esperanza de que una revisión constitucional devolviera a la Iglesia sus privilegios (este proyecto, que traería consigo unas elecciones, era una perspectiva poco halagüeña para los partidos que estaban en el Poder), cerró los ojos ante el abismo hacia el que le empujaban sus aliados. Así vimos a Acción Popular apoyando a Lerroux, protagonista de tantos escándalos, corriendo la cortina de la censura sobre la represión de Asturias, torpedeando las reformas económicas y culturales de la República (1), indultando a quienes se levantaron en armas contra el régimen; volcando su apasionamiento en campañas de difamación y calumnia, como la efectuada contra Azaña, cuya austera conducta resaltó más aún al ser absuelto por el Supremo y las Cortes de los cargos hechos contra él; provocando la disolución de las Cortes cuando los diputados de Gil Robles se negaban a aumentar el impuesto sobre herencias. En una palabra, haciendo lo posible por convencer a las masas que los católicos pretendían únicamente el retorno al estado de cosas anterior a 1931.

Esta continuidad en el error, sólo puede explicarse por la persistencia de ese espíritu carlista, que tanto daño a hecho a España. La identificación de la religión con un partido, el deseo de instaurar un Estado católico totalitario, el unir la defensa de la Iglesia con la de los «latifundistas» y, finalmente, limitar todas las aspiraciones a un regreso hacia el pasado, son características comunes a Gil Robles y al carlismo.

Este egoísmo de los privilegiados no tardaría en dar sus frutos. Cuando se cierran al pueblo, una tras otra, todas las oportunidades de mejora, no queda más salida que la revolución. Por eso, tras dos años en los que fué Acción Popular el centro de la vida política, nos encontramos con que la «acción» de los católicos había agravado todos nuestros problemas. Ante esta situación, sólo quedaba un remedio: nuevas elecciones. Estas se celebraron el 16 de febrero de 1936, con la victoria de las izquierdas. Los profesionales de la mentira pueden decir lo que quieran respecto a la legalidad de aquel éxito.

Los que consideran la guerra como un caso de conciencia, deben reconocer que la pureza de estas elecciones no fué menor que la de otras semejantes celebradas en Europa. Es cierto que, una vez constituidas las Cortes, la mayoría del Frente Popular anuló muchas actas de sus adversarios; pero es también cierto que esta mayoría fué un resultado de las elecciones presididas por un Gobierno centroderecha y

que los incidentes registrados en ellas no fueron numerosos ni graves (2).

Apenas tomó posesión el nuevo Gobierno, se hizo patente que el pueblo exigiría lo que le habían prometido. Era necesario poner nuevamente en vigor las leyes agrarias de la República; sólo su inmediata aplicación evitaría que los campesinos, desesperados por la rebaja de jornales que señaló la llegada de los católicos al Poder, se alzara contra sus patronos.

(1) El Gobierno de Azaña creó diez mil escuelas en dos años; dobló el número de establecimientos para la segunda enseñanza; reorganizó las normales y las facultades de Filosofía y Letras; dió nueva vida a las bibliotecas, archivos y museos; inauguró el Museo de Escultura Polieromada de Valladolid; organizó las Misiones Pedagógicas, para llevar hasta los pueblos ciertas manifestaciones de la cultura; fundó las escuelas de Estudios Árabes, en Madrid y Granada, y la Universidad de verano en Santander. Cuando las derechas asumieron el Poder, redujeron las asignaciones de estos establecimientos atentando contra su prestigio de mil modos. En uno de los presupuestos, llegaron a suprimir la Escuela de Estudios Árabes de Madrid, cuyo director, Asín Palacios, es una gloria de la Iglesia española. Chapaprieta, presidente del Consejo en el último Gobierno de derechas, anunció el proyecto de dispersar la colección de tapices reales entre los Ayuntamientos de provincia, para ahorrar al Estado los gastos de conservación. La vuelta de Azaña al Poder evitó la dispersión de una de las más valiosas colecciones del mundo.

(2) «The Times». Feb. 17, 1936. «Las elecciones para diputados a Cortes, se celebraron ayer, sin grandes incidentes. Los resultados, aún incompletos, no se sabrán hasta mañana, pero tenemos la impresión, recogida en varias fuentes, de que las derechas no marchan hacia el éxito tan fácilmente como en 1933.

Se han registrado muchos pequeños incidentes, cómicos veces y trágicos otras. Un golfllo entró en un colegio, aporreando de la urna y huyendo con ella en brazos. En la provincia de Granada, aparecieron unos hombres armados, que se cañonaron a los que formaban la Mesa, mientras un compañero atiborraba de votos la urna. En algunos lugares resultó difícil constituir las Mesas, porque los individuos nombrados se negaban a cumplir su cometido. En los colegios donde se registraron incidentes, la elección será repetida.»

«The Times». Feb. 18, 1936. «Los escrutinios de las segundas vueltas no se han completado aún; pero ya se señala una gran oscilación a favor de las izquierdas. En Cataluña, todo Aragón, Asturias, gran parte de Andalucía, Madrid, Guadajoz, Bilbao, Murcia, Valencia y Zaragoza, las izquierdas ganan mayoría. En Castilla la Vieja, León, Navarra, La Mancha, Teruel, Granada e Islas Baleares, llevan ventaja las derechas.»

«The Times». Feb. 27, 1936. «Ya se conoce la composición de las Cortes, excepto 30 actas, para las que habrá segundo turno, el domingo próximo, en cuatro provincias. Los resultados del escrutinio, son los siguientes:

Frente Popular: Socialistas, 85; Izquierda Republicana, 75; Unión Republicana, 33; Esquerra, 30; Comunistas, 14; grupos de izquierda, 30. Total: 256.

Derechas: C.E.D.A., 34; Agrarios, 13; Monárquicos, 12; Independientes, 11; Tradicionalistas, 11; varios, 3. Total: 140. Centro: Portelistas, 19; Lliga, 11; Radicales, 8; Progresistas, 6; varios, 11. Total: 55.

El Frente Popular disfruta, por tanto, de la mayoría absoluta, que consta de 237 votos.»

(Continuará)